

DIARIO UNIVERSAL

MADRID.—AÑO II. NÚM. 706.

Reseña de la Alhambra.

Jueves 15 de Diciembre de 1904

San Marcos, 37.

Número suelto, CINCO céntimos

NARRACIONES CABALLERESCAS

Las cuestiones de honor

El duelo entre militares

De vez en cuando un acontecimiento trágico, como la muerte del marqués de Pickman, ó sucesos ruidosos, cual el reciente encuentro de los Sres. Sánchez Guerra y Solano, ó el asalto de armas entre dos muchachos periodistas tan inteligentes, tan simpáticos y tan conocidos como Gabás y Herrero, traen á las columnas de los periódicos y al chismear público el tema de las cuestiones de honor, en que todo el mundo se ocupa durante unos días.

Hablemos, pues, de ellas, ya que tornan á ser de actualidad para el cronista, y hoy que tengo yo un estímulo más para tratar de ese asunto. El estímulo consiste en una carta con que me honra D. Miguel Matarredona, pidiéndome copia de documentos relativos á las múltiples cuestiones de este linaje en que me ha cabido la suerte, no siempre envidiable, de intervenir.

No son ellas pocas; y aun cuando no podré complacer al autor de la carta, porque uno de mis graves pecados es el de desdichar mucho mis papeles, una hora de charla con quien esos datos solicita de mí, podrá, seguramente, dar interés al libro que prepara.

Soy, en efecto, entre los periodistas de mi tiempo, entre los de esa generación que ya se va á paso de casa, dejando en los zarzales del camino más ilusiones marchitas que estrellas hay en el cielo, para ceder el sitio al grupo de brillantes escritores jóvenes que esmaltan con su ingenio y su cultura las páginas de los grandes periódicos; soy—decía—uno de los que en más ocasiones han visto en la dolorosa necesidad de poner una firma con las armas de combate á trabajos periodísticos, publicados anónimamente, según la costumbre, la mala costumbre, de la Prensa española. Ferviente enamorado de esta profesión ingrata, que, como casi todas, quiere menos á quien más la quiere, apenas si he sacado de mi labor de veinte años otro provecho personal que la experiencia que me da en estos asuntos de que ahora me propongo escribir, mi repetida intervención en ellos.

Hablemos, pues, un poco de las cuestiones de honor, y hagámoslo para tratar, con tal motivo, de un problema que considero de verdadero interés nacional, porque importa al prestigio de los oficiales del Ejército, esos hijos predilectos de la nación, digan lo que quieran los sistemáticos detractores de la milicia) porque en aras de la patria hicieron el sacrificio de la vida, y el sacrificio, aún mayor, de la voluntad, envueltos en aquel juramento formulado, cuando apenas les apuntaba el bozo, allá en Toledo ó en Valladolid, en Guadalajara, en Segovia ó en Ferrol.

Hablemos del duelo entre militares.

Ahí tenéis, palpante todavía, el caso del capitán Paredes. Ahí tenéis, más reciente aún, el ejemplo del general March. El uno procesado, en libertad provisional solamente, después de un calvario de muchas semanas. El otro, trasladado desde el mando supremo de un cuerpo de Ejército á un destino burocrático, luego de algunos días de sinsabor y de zozobra. Aquél, padeciendo las consecuencias de haberse batido en duelo. Este, sufriendo los resultados de su oscurpulo respeto á lo dispuesto en materia de desafíos.

Fijaos bien en esos dos ejemplos. Ellos dicen en qué postura dejan á nuestros soldados, frente al Código del honor, las disposiciones del Código de Justicia Militar, interpretadas por los actuales gobernantes con una ganadería comprensible si se trata de los Guardias Nacionales de Su Santidad ó de los suizos pontificios, pero que anda á la greña con la tradición de la España militar, desde Gonzalo de Córdoba hasta Martínez Campos.

Todo el fervor religioso del Sr. Maura, toda la tarifiera de sus amigos, serán poco para meterlos en la cabeza que un militar se querrele á dirimir una contienda en el terreno de las armas no pierde su prestigio si no acude al requerimiento.

Y precisamente porque eso no cabe en cabeza alguna, los Gobiernos han hecho alarde siempre de una gran tolerancia cuando un militar se encontraba en la situación que ha tenido en Zaragoza el señor March, siendo capitán general de Aragón, cuando iba á ser juzgado.

Abandonando esa tolerancia, sin reemplazarla previamente por Tribunales de honor con tales raíces en las costumbres y tal autoridad en la opinión que no sea preciso, someterlos los asuntos, sino que ellos los arranque al conocimiento de padrinos y testigos, y fallen cada caso en forma que no deje sombra de duda sobre el honor de nadie; abandonando esa tolerancia para sustituirla por el estricto respeto al artículo del Código de Justicia Militar que se refiere al duelo, se llega á los casos extremos de que os hablaba al principio.

El señor general March, hay que decirlo con pleno conocimiento de pormenores, de que hemos carecido hasta ahora, tenía toda la razón en el asunto que motivó sus querrelas con el Sr. Girault. La tradición obligaba á la actitud en que aquel día se colocara; los manos de sus antecesores en el Ejército y el ejemplo de muchos compañeros suyos, se oponían á que se comportase de otra guisa. El general March, sin embargo, ha perdido el mando que desempeñaba.

Y es que los procedimientos de Gobierno al uso llevan á los militares, metidos en achaques caballerosos, al durísimo trance de caer en uno de los dos términos de este terrible dilema: ó se baten, y entonces viene el proceso con todas sus molestias y perjuicios, acaso la condena que obligue á cambiar la guerrera gloriosa por el pardo chaquetón del presidario, ó no se baten, y entonces se pone en duda su valor, bien acreditado en los campos de

batalla, duda que evidentemente incapacita para el mando, si no es que se ven expulsados del Ejército por sus propios compañeros.

Esto no puede ser. Lo dicen nuestros hombres de armas todos, y hay que repetirlo hasta que tal estado de cosas desaparezca: es indispensable que el Gobierno busque solución á un problema que sin necesidad alguna ha planteado. Y si no la busca ó no la encuentra, los jefes superiores de la milicia están en el deber de estudiar una, y, luego de acordada, imponerla enérgicamente donde deban.

Pongamos punto á este artículo, ya demasiado largo, y que él sirva como de prólogo á unas cuantas narraciones de este género que irá viendo el lector á medida que las demandas de la actualidad y mis otros deberes en el periódico lo consentan.

No serán ellas de importancia por lo que tengan de personal; pero pueden despertar interés en aquellos con quienes habitualmente departe el DIARIO, porque esencialmente anecdóticas en lo sucesivo, se referirán á personas y á sucesos, algunos de los cuales han pasado á la historia política de España; y en todo caso constituirán unas cuantas notas íntimas para las crónicas del periodismo madrileño de veinte años á la fecha.

Angel de LUQUE

PROBLEMA DE ACTUALIDAD

Motines y cartuchos con carga reducida

A raíz de cuantos incidentes análogos al de los últimos días valencianos ha tenido que intervenir la fuerza pública, un clamor general de protesta se ha levantado contra el mortífero empleo del Mauser.

Obsesionada la opinión ante los efectos altamente destructores de éste, pidió, con natural desconocimiento de las condiciones naturales del arma, lo que creyó ser atenuante en el mal. Cartuchos con carga reducida, ya que no se le dan gobernadores con dotes de mando ordinarias.

Confeccionaron aquellos los Parques; distribuyéronse, si nuestros informes son exactos, en la primera ocasión, una de las tan corrientes imprevisiones gubernamentales, lanzaron á la calle la consiguiente fuerza pública, obligándola á que los que me profusamente, y entonces se cuando se tocaron las consecuencias de tamaña ligereza.

Los proyectiles de pequeño calibre, como el Mauser, sin reducciones en sus cargas, han recibido el calificativo de humanitarios, y aunque esto sea un sarcasmo por los efectos, es una gran verdad.

Ya los ingleses, en su campaña del Afghánistán—donde emplearon el fusil Lee-Enfield, de calibre igual á nuestro Mauser—, notaron sus insignificantes efectos en comparación con los calibres mayores. Cuando la bala interesaba algún órgano vital, continuaba el enemigo combatiendo, notándose apenas, y siendo rapidísimas las curaciones que se obtenían con heridos por esta clase de proyectiles.

Por tal causa, sin duda, emplearon las famosas *dum-dum* ó *Man Stopping Bullets* (proyectiles que detienen al hombre), y que se reducen al cartucho corriente, en cuya bala se introducen ciertas alteraciones mecánicas que no son del caso, para que, al penetrar en el cuerpo, se divide en fragmentos que desgarren, triturén y despedacen, cuanto á su paso encuentran.

En nuestras contiendas coloniales pudo también comprobarse aquel extremo. Los heridos de bala Mauser por su extraordinaria fuerza impulsiva y pequeño calibre, que tardaban de parte á parte el cuerpo humano, causaban heridas de bordes limpios, sin maceraciones ni trituraciones internas, por lo general, y fácilmente curables.

Consecuencias análogas se están registrando en la guerra ruso-japonesa, citándose como ejemplo por los médicos rusos, el caso de un cosaco del destacamento de Mitchen, quien herido en el vientre durante el combate de Tien-Yu, continuó en filas, regresando á caballo al cuartel general del Yalu; y el del sargento Gratchinski, que herido de cinco balazos en la batalla de Ka-Lien-Tse, tuvo ánimo para atravesar á caballo las líneas japonesas y llegar á las ambulancias rusas.

Compárese éstas con las heridas producidas por los proyectiles Remington, Winchester y, en general, cualquier arma de mayor calibre con bala sin envuelta protectora y de menor penetración, y se verá que es exacto el calificativo de *humanitario* aplicado al Mauser, á pesar de introducir sus balas de 133 á 140 centímetros en madera de pino á 12 metros de la boca, y a través con limpieza planchetas de hierro forjado de un centímetro de espesor á 25 metros.

Pues bien; al reducirse la carga de la cartuchera Mauser sin empleo en el interior de las poblaciones—en vez de restringirse el uso y abuso de la fuerza pública, con merma de sus necesarios prestigios—, se me ocurre preguntar: Los efectos de estos proyectiles, si llega el triste caso de emplearlos, ¿no serán aún más mortíferos? Creó que sí.

Una bala, al azar, no atraviesa muros haciendo á inocentes; pero los proyectiles que se emplean en las poblaciones, produciendo heridas más cruelmente mortíferas que las que ocasionarían con carga ordinaria.

¿Serán inútiles, en cuyo caso la fuerza pública será arrollada, y para esto más valiera no exponerla á tal contingencia; ó se alojara en el cuerpo del primero que coja por delante, para, lentamente, ir causando efectos enormemente superiores. Tal es el dilema.

Ignoro si han sido hechas experiencias comparativas. La más elemental previsión gubernamental lo hubiera verificado antes de decretar su empleo.

Medios tiene el ramo de Guerra en los modernos cuerpos de Artillería y Sanidad para comprobarlo antes de que se ordene su uso, y el asunto no es tan baladí que merezca pase inadvertido.

X.

CONCIERTO KUBELIK

El segundo concierto de Kubelik ha confirmado completamente la impresión que produjo el primero: Kubelik es un violinista prodigioso.

En el concierto de Paganini ha hecho los mismos alardes que al tocarlo por primera vez, y aún ha gustado más porque el acompañamiento de piano ha contribuido á avalorar su labor.

Sin embargo, el triunfo del maestro ha sido aún mayor al ejecutar una *sonata* de Beethoven, que ha dicho maravillosamente. Esta obra ha demostrado más que en otras que no es sólo un *solitario* del violín, sino además, y sobre todo, un gran artista, capaz de sentir y expresar la música de los gran-



La "visión" del marqués de Villavieja

des maestros. Algo semejante puede decirse de la *Chacona* de Bach.

En la *Polonesa*, de Wiamawski, ha entusiasmado aún más al público.—M.

VIDA SPORTIVA

Tiro nacional

Se ha celebrado el *match* internacional Murcia-Madrid, quedando la victoria por los tiradores madrileños. Todo género de alaban-



D. Pedro Carbonel

zas merecen los individuos de la Representación de Murcia, que han venido tan sólo para medir su destreza y disputarse una *Copa* de



D. Arturo Fernández

honor con sus compañeros de Madrid. Siendo tanto más dignos de alabanza, no sólo por haberse costado sus viajes, sino también por



El comandante Sr. Fernández Barreto

las muestras de buenos tiradores que dieron en el *match* celebrado en el campo de la Moncloa. Los datos oficiales del resultado dicen que ha sido vencedor el grupo madrileño por 47 puntos de fusil y 25 de revólver.

Los tiradores de fusil Arturo Fernández, Carlos Hinderer y Germán Ortega, han puesto de relieve sus excelentes condiciones para defender á la Representación de Tiro madrileño con singular gallardía.

Los vencedores en el *match* de revólver señores Perico Carbonel y comandante Fernández Barreto, han conseguido un nuevo triunfo de los muchos que obtuvieron como tiradores.

A Perico Carbonel le obsequiarán mañana por su victoria con un banquete íntimo de varios admiradores y muchos esgrimistas que quieren rendir un homenaje á su maestro. Nuestra entusiasta felicitación á todos ellos.

El día 18 del corriente comenzará el Concurso de Tiro y Esgrima en el campo de la Moncloa, celebrándose en el mismo los Certámenes de estudiantes y revólver.

La matrícula ha quedado abierta en la secretaría de la Representación, plaza de Santa Ana, 16, segundo, de cinco á ocho de la tarde. Los días de Concurso se podrán hacer en el expresado Campo de Tiro.

La Compañía Iérica ha donado un objeto artístico para premio de dicho Concurso.

El Mosquetero

LA GUERRA

Petrolones de Kuropatkin. Dificultades en el aprovisionamiento.

— *Paris 14.* Le Temps publica un telegrama de San Petersburgo, con impresiones pesimistas respecto á la situación del ejército ruso.

Según el citado telegrama, el general Kuropatkin ha reclamado se le envíen con gran urgencia aprovisionamientos.

Se hace un alto al actual movimiento de las tropas por los grandes dificultades por los movimientos de los japoneses.—Clement.

Están veridos

— *Paris 14.* Recibimos un telegrama de San Petersburgo dando cuenta de un rumor que reviste excepcional importancia, aunque no ha podido ser aún comprobado.

Dicese que el ejército sitiador de Puerto Arturo se dispone á levantar el sitio de la plaza, dándose como explicación el que sólo tenía por objeto sitiar aquella para destruir la escuadra, cosa que se ha conseguido, no habiendo nunca entrado en los cañones de los japoneses apoderarse de la plaza.—Clement.

La destrucción de los barcos rusos

— *Paris 14.* De San Petersburgo dicen que se han recibido informes oficiales de la destrucción de los barcos rusos anclados en Puerto Arturo.

El efecto causado en la opinión es dolorosísimo.—Clement.

Tranquilidad. El tiempo

— *Paris 14.* Los generales Kuropatkin y Sakaroff telegrafían que no ocurre novedad ni se ha registrado incidente alguno.

Añaden que el frío es excesivo, aumentando el temporal de nieve.—Clement.

Navío japonés á pique. Torpederos destruidos

— *Londres 14.* Daily Telegraph publica un telegrama de Che-fú diciendo que un navío de guerra japonés se fué á pique delante de Puerto Arturo.

Añado que los japoneses han echado á pique dos torpederos rusos frente á la plaza.—Dator.

La escuadra del Báltico

— *Paris 14.* La escuadra rusa del Báltico fué vista el día 5 del corriente en el litoral de la colonia portuguesa de Angola, en la bahía del Tigre, á 80 millas al Sur de Mossamedes.—Clement.

NOTAS DE SOCIEDAD

Se encuentra en Madrid la marquesa de Torre Alta.

— Los condes de Agrela se han trasladado á París.

Ha sido pedida la mano de la hermosa señorita Noema Camiñas, hija del general don Demetrio, para el distinguido joven D. Edmundo Suárez de Puga.

— La boda de la linda señorita de Muriedas con D. Vicente Zaldo, se verificará el próximo mes de Febrero.

RUBRYK

LAS SUBSISTENCIAS

Ayer continuó la información abierta en la Cámara de Comercio, tomando parte en ella, con gran elocuencia y no pequeña copia de

datos, los Sres. D. Joaquín Ruiz Jiménez, don Juan José Morato y el ex ministro D. Juan Navarro Reverter, todos los cuales fueron muy felicitados por la numerosa concurrencia que presenció el acto.

El Sr. Ruiz Jiménez examinó el problema bajo el aspecto que afecta principalmente á esta capital, proponiendo los remedios que deban aplicarse mediante la reorganización de los servicios municipales; el Sr. Morato, con numerosos datos estadísticos, comparó los precios de las subsistencias en España, en relación con las demás naciones, y por último, el Sr. Navarro Reverter disertó, tomando por base del encaucamiento de los artículos de primera necesidad por lo caro y escaso de nuestra producción agrícola, la pérdida de nuestra riqueza pecuaria, la falta de fomento de las obras públicas y lo deficiente de los transportes ferreos.

No habiendo tiempo material bastante en el día de hoy para que puedan informarse de las agrupaciones y personalidades que se han ofrecido á hacer, se acordó prorrogar la información hasta el día 20 del corriente.

JOSÉ MATA

Pope Mata, el ilustre actor que tantos aplausos conquistó en tiempos mejores para el arte escénico, ha muerto ayer en una miseria habitación oscura, desmantelada y fría, abandonado por sus compañeros, que no obstante el esfuerzo de unos pocos, no han encontrado medio de librarse en sus últimos momentos de la tremenda miseria en que vivía.

El pobre Mata, que pertenecía á la Asociación de artistas líricos y dramáticos, no había pagado los últimos recibos, cosa perfectamente excusable en quien no tenía que comer, y la Junta directiva de la Asociación no ha sido capaz de obtener para llevar al compañero que moría un pedazo de pan.

Mata fué siempre actor de mala suerte. Muy joven comenzó su carrera, haciendo campañas en provincias, y menos feliz que otros, sólo llegó á los teatros de Madrid cuando tenía ya un nombre famoso. Aquí, debutando en Variedades, que era entonces teatro dedicado al gran arte, vivió con gloria su fama; pero eso no obstante, permaneció poco tiempo, y volvió á salir á provincias, continuando su peregrinación artística.

A Madrid venía de vez en cuando, y en aquellas épocas en que llenaban su maestro Valero, Roma, Arjona y más tarde Calvo y Vico, supo siempre hallarse su lugar. En Apolo, con Teodora Lamadrid primero, y con María Tubau más tarde en la Comedia, con Mario en el Español, en la Alhambra y en Novedades, Mata, que había debutado hacia el año 60, era hace aún muy pocos años actor de primer orden, que tenía la rara cualidad de hacer con el mismo adierto los personajes de la comedia moderna, que exigía de sus intérpretes perfecta naturalidad, que los del teatro romántico, en que sabía poner fuego y pasión admirables. Mata fué uno de los actores que mejor llevaban la trusa, y en tiempo en que aún vivían Delgado, Calvo y Vico, fué tenido con razón por el mejor de los Tenorios.

La edad, más que el nacimiento de rivales dignos del triunfo, le separaron poco á poco

de la escena, y hace pocos años, á la muerte de Vico, buscó un retiro artístico solicitando la cátedra de Declamación del Conservatorio, que no logró.

Desde entonces puede decirse que todo fué para el pobre Mata de mal en peor, y el cómico famoso, á quien antes todos aplaudían y agasajaban, ha visto amargados sus últimos días por desdones y desengaños injustificados.

Descanse en paz, y sirva lo ocurrido de ejemplo para evitar sucesos semejantes.

NOVEDADES TEATRALES

EN EL REAL

La noche de ayer no figurará, ni mucho menos, entre las mejores del teatro Real; el *Riquelme* que dimos no fué, ni mucho menos, de los que hacen época.

Salvo Constantino, los artistas nos hicieron pasar más de un mal rato. La señorita Lope, tal vez por efecto de su reciente enfermedad, no acertó á estar constantemente á la altura de la parte que cantaba, y si la repite, hará bien en ponerse á tono con la orquesta.

Pacini tampoco logró alvaros bastante, y cantó con menos afinación que nunca; Rosas no convenció tampoco, y la señorita Torreta, encargada de la parte de Magdalena, demostró que es una mujer hermosa; pero que no pasa de ahí.

Constantino, en cambio, triunfó en toda la línea; hizo recordar la noche de su debut, tan

Riquelme

de la escena, y hace pocos años, á la muerte de Vico, buscó un retiro artístico solicitando la cátedra de Declamación del Conservatorio, que no logró.

Desde entonces puede decirse que todo fué para el pobre Mata de mal en peor, y el cómico famoso, á quien antes todos aplaudían y agasajaban, ha visto amargados sus últimos días por desdones y desengaños injustificados.

Descanse en paz, y sirva lo ocurrido de ejemplo para evitar sucesos semejantes.

En cuanto á lo que allí sucede, comparado con lo que nos sucede aquí, da grima. El día mismo en que Maura alteró el reposo de nuestros senadores con su rabulosa oración en defensa de la ley contra el anarquismo, el Senado de Italia oyó el himno más liberal y humano de Giolitti. Aquí, la insolente fortuna de un criminal, proclamó el absurdo legal más grande: el de la *inducción indirecta*, en virtud de la cual basta con que uno cite á Bakounine ó á Malato para que lo metan en la cárcel por anarquista (!) Allí, en el Senado de Italia, contestando á la acusación de improvisador, alentador de huelgas y que sé yo cuántas historias salidas de un caldero capitalista, *Onorabile* Giolitti respondió con estas palabras:

—Una sola cosa hay que hacer en Italia: sostener á la Monarquía, no fusilando á las multitudes, sino atrayéndolas.

Yo también pienso que la República sería la ruina del país. Pero cuando oigo que se lamentan los patronos de una huelga donde se pide aumento de unos céntimos, yo digo que estos propietarios son enemigos de la Monarquía italiana.

Esto, lector, es lo que se oye en el Senado de Víctor Manuel. En nuestro asfático Senado inútil, la voz de Maura entona el *Dies irae* á la libertad; y mientras allí el garbado Marcora se atusa sus patillas largas, nostálgico de revolución, aquí, el devoto Azcárraga, cruza perfectamente sus manos, entre píadoso y digestivo, como el fraile de Tirso de Molina.

—Una sola cosa hay que hacer en Italia: sostener á la Monarquía, no fusilando á las multitudes, sino atrayéndolas.

Yo también pienso que la República sería la ruina del país. Pero cuando oigo que se lamentan los patronos de una huelga donde se pide aumento de unos céntimos, yo digo que estos propietarios son enemigos de la Monarquía italiana.

Esto, lector, es lo que se oye en el Senado de Víctor Manuel. En nuestro asfático Senado inútil, la voz de Maura entona el *Dies irae* á la libertad; y mientras allí el garbado Marcora se atusa sus patillas largas, nostálgico de revolución, aquí, el devoto Azcárraga, cruza perfectamente sus manos, entre píadoso y digestivo, como el fraile de Tirso de Molina.

—Una sola cosa hay que hacer en Italia: sostener á la Monarquía, no fusilando á las multitudes, sino atrayéndolas.

Yo también pienso que la República sería la ruina del país. Pero cuando oigo que se lamentan los patronos de una huelga donde se pide aumento de unos céntimos, yo digo que estos propietarios son enemigos de la Monarquía italiana.

Esto, lector, es lo que se oye en el Senado de Víctor Manuel. En nuestro asfático Senado inútil, la voz de Maura entona el *Dies irae* á la libertad; y mientras allí el garbado Marcora se atusa sus patillas largas, nostálgico de revolución, aquí, el devoto Azcárraga, cruza perfectamente sus manos, entre píadoso y digestivo, como el fraile de Tirso de Molina.

—Una sola cosa hay que hacer en Italia: sostener á la Monarquía, no fusilando á las multitudes, sino atrayéndolas.

Yo también pienso que la República sería la ruina del país. Pero cuando oigo que se lamentan los patronos de una huelga donde se pide aumento de unos céntimos, yo digo que estos propietarios son enemigos de la Monarquía italiana.

Esto, lector, es lo que se oye en el Senado de Víctor Manuel. En nuestro asfático Senado inútil, la voz de Maura entona el *Dies irae* á la libertad; y mientras allí el garbado Marcora se atusa sus patillas largas, nostálgico de revolución, aquí, el devoto Azcárraga, cruza perfectamente sus manos, entre píadoso y digestivo, como el fraile de Tirso de Molina.

—Una sola cosa hay que hacer en Italia: sostener á la Monarquía, no fusilando á las multitudes, sino atrayéndolas.

Yo también pienso que la República sería la ruina del país. Pero cuando oigo que se lamentan los patronos de una huelga donde se pide aumento de unos céntimos, yo digo que estos propietarios son enemigos de la Monarquía italiana.

Esto, lector, es lo que se oye en el Senado de Víctor Manuel. En nuestro asfático Senado inútil, la voz de Maura entona el *Dies irae* á la libertad; y mientras allí el garbado Marcora se atusa sus patillas largas, nostálgico de revolución, aquí, el devoto Azcárraga, cruza perfectamente sus manos, entre píadoso y digestivo, como el fraile de Tirso de Molina.

CARA Y CRUZ

DE SENADO A SENADO

Coged un periódico; llevad diariamente la cuenta de lo que sucede en la alta Cámara, y diariamente hallaréis igual cantinela:—Se abre la sesión á las tres. Preside el general Azcárraga. En los escaños cinco senadores. Las tribunas, desiertas. Se aprueba el acta; dirigen los Sres. Tal y Cuál varios ruegos sin interés; se votan varios dictámenes de la orden del día, y á las tres y media se levanta la sesión. ¿Es esto, ó no esto, lo que, fuera de algún día gordo, ocurre en el Senado desde que el Senado se instituyó?

Si el Senado no fuese más que una clínica de asmáticos; si la soledad sepulcral de sus sesiones no se transformara después en votación de leyes; si tras cada senador reumático ó gotoso no fuese un alguacil, con su citación, porque usted no pague el consumo, ó un guardia civil, con su mandamiento de prisión, porque ha faltado usted á tal ley, al pueblo español le tendría sin cuidado los senadores.

Pero es el caso: que de aquel palacio viéndose, de aquellos salones donde toda enfermedad tiene su asiento, salen, convertidas en obligación, resucitadas por la *Gaceta*, jóvenes y fuertes por el Malles, ó por el calabozo, esas contribuciones que nos ponen el pan por las nubes, los vestidos por el quinto cielo y la libertad de pensar y de escribir más arriba de la región del aire.

¿Para qué nos sirve el Senado? Los propios senadores dicen diariamente que para nada. Los taquígrafos y empleados allí podrían declarar lo mismo. El propio Gobierno, puesta la mano en el corazón, habrá de afirmar otro tanto, y si es el país, no se diga; el país declara á voz en cuello que entre las muchas instituciones aquí inútiles, la del Senado es la peor.

—No hay, ni puede haber otra razón de que el Senado sea, sino la de decir que, en otros países, lo hay también.

El campo de sus defensores se atrincheira en ese argumento y dice:—«Hablan ustedes de que el Senado es una Cámara enteramente inútil. ¿Qué me dicen ustedes, entonces, del Senado francés, del Senado de Italia?»

Toda, toda la argumentación *pro Senado* no pasa de ahí. Y ahí, precisamente ahí, es donde yo quiero parar.

Noches atrás escribí el *Heraldo* una catilinaria contra los senadores. Por aquella casa de los muertos, ya que no el trágico espíritu de Dostoiusky, vega el franco humorismo de Mark Twain. Allí, más que en parte ninguna, es verdad la sutil observación del escritor *yenqui*:—«Nada hay más ridículo que un *jeun pessimiste*...»

¿No es un viejo optimista? Y las cansadas parodias de sesión, después de largas simulaciones de debate, al fin del escaño de un discurso, sobre todas las calvas abatidas pasaba un aire de constipado. El senador tal, que ayer, gallardamente, anunció consumir un turno, está hoy, entre sábanas, oyendo angustiosamente al médico. ¿Que es eso de consumir turnos, si todo para en consumir jarabes y pastillas? Y la graciosa frase de Mark Twain, como el *Nosce te ipsum* en Delfos, aparece escrita en el frontispicio del Senado.

¿Queréis comparar á este Senado muerto con el francés? ¡Nunca! Desde M. Fallières, su presidente, al más carcamal de sus individuos, en la alta Cámara francesa hay todos los días hombres útiles. Allí, cuando en la Cámara de Diputados pone Combes la dinamita de un proyecto, el Senado francés explota en vida. El millón de los Cartujos, la expulsión de las Congregaciones, este mismo *affaire* de la declamación en el Ejército, cuanto á los diputados agita, enardece por igual á los senadores. Aquí, las tempestades del Congreso llegan aplazadas al Senado. Cuando truenen en la Cámara popular, en el palacio de Doña María de Molina resplandecen brillante el arco iris.

¿Vais á comparar al Senado nuestro con el de Italia? ¡Jamás! La piadosa bondad de Azcárraga no se alteró nunca por una inquietud de pensamiento, en tanto que el severo Marcora tiene enfurecimientos de sabio. Nuestro voluminoso presidente limita sus indagaciones mentales al prudente manejo de la campanilla; el revolucionario Marcora es disoluto, como un fatigado de pensar y Azcárraga, con sus entorchados y sus cruces, ha conquistado el fútil menos veces que Marcora, con su levita y con sus guantes.

En cuanto á lo que allí sucede, comparado con lo que nos sucede aquí, da grima. El día mismo en que Maura alteró el reposo de nuestros senadores con su rabulosa oración en defensa de la ley contra el anarquismo, el Senado de Italia oyó el himno más liberal y humano de Giolitti. Aquí, la insolente fortuna de un criminal, proclamó el absurdo legal más grande: el de la *inducción indirecta*, en virtud de la cual basta con que uno cite á Bakounine ó á Malato para que lo metan en la cárcel por anarquista (!) Allí, en el Senado de Italia, contestando á la acusación de improvisador, alentador de huelgas y que sé yo cuántas historias salidas de un caldero capitalista, *Onorabile* Giolitti respondió con estas palabras:

CAIDA DE MAURA.-CRISIS TOTAL

Hombre al agua. Los motivos de la crisis. El rey y el general Linares. Polavieja y Linares

AZCÁRRAGA FORMANDO MINISTERIO

EL DIA DE AYER

Estamos otra vez en crisis. Hace diez días, el Sr. Maura sorprendió a la gente con la salida de Sánchez Guerra y su reemplazo por el marqués de Figueroa. Hoy no puede decirse que la ha sorprendido. El Gabinete entró en la presidencia sus dimisiones, con aplauso del país. Pero hace días que se viene burlando. De los escombros de ese Gobierno salían hedores que delataban cadáveres insepultos. Quizás ha llegado la hora de enterrarlos.

Pero esta crisis no lo es de un ministro ni de un proyecto. Es la crisis de un hombre, del hombre clerical, esperanza de los reaccionarios, que ha llegado a simbolizar en breve espacio un período de reacción: es la crisis del Sr. Maura. Cuando el Sr. Maura haya llegado hoy a Palacio a presentar su dimisión, habrá confesado humildemente; y si no la ha confesado, sus actos más elocuentes lo habrán referido ante el poder, que por estar más alto, con más claridad lo va.

A esta hora puede hacerse un resumen de su existencia presidencial. Vino al Poder a título de regenerador y de hombre de acción. Iba a empujar las clases nuevas hacia la vida pública, a sanear el ambiente político y transformar la estructura de los servicios. Esos tres capítulos entraban en la revolución de arriba, que él pidió para contener la revolución de abajo.

¿Qué ha hecho? La política de Maura ha traído a la acción elementos que se hallaban alejados de ella; es verdad. Pero no las clases neutras, honradas y fecundas, nervio de la nación, callados trabajadores de un renacer suspirado, sino las gentes consumidas por sus secretos rencores, hechuras conventuales, reaccionarios, enemigos del espíritu nuevo, facciosos vergonzantes, que trasladan el carisma de los montes a las ciudades y lo infiltran en la autoridad, en las funciones burocráticas, en el alma misma del Estado, acelerando con la ponzoña la triste decrepitud que éste sufre.

Así, hemos visto en un año cercar la vida española, y asaltarla y someterla todo un torrente de vergonzosas pasiones, que parecían para siempre desterradas de la claridad del sol a las guardias ocultas. Todos los egotismos de las burocracias, todas las soberbias de los sometidos en la revolución, todas las concupiscencias, se han repartido en despojos los provechos y la fuerza, extendiéndose por el país con ansias devoradoras de desquite. Y para vergüenza y dolor han asomado sus cabezas las parricidas tentaciones, gritando: «Muera España».

Y del fondo de ese remolino tumultuoso de malas pasiones, agitados, revueltas, sacudidos por la mano de ese hombre, se ha desprendido un denso vapor: son emanaciones de Carabuyes, de Valladolid, de hedores de la fermentación de tantas podredumbres ocultas, ferisicamente traídas a la superficie por el azar. Y con ellos se juntan todos los insubribles olores de las miserias intestinas de ese conglomerado político que ha disuelto el partido conservador; las querellas y maquinaciones de los Romero y los Dato, y con ellos la política de los Villaverdes, de Toca que acusa a Villaverde; Romero que acusa a Dato; Maura que desautoriza a Romero; Dato que manobra contra Maura. Y tras ellos la cohorte montada en discusiones y disputas de huesos, contiendas mezquinas por su espíritu, ridículas por su cuerpo, que empujaban toda obra nacional y llegan al Parlamento con estruendo de ególatras; la sesión permanente; el pleito de Córdoba; los tumultos de Valencia, y más lejos, las peregrinaciones de Beagona; las cien borrascas dolorosas que han rodado sobre escuños y pupitres, cantando el himno del fracaso con estrepito fragor.

De todo eso es responsable Maura: procaz, desafiador, espíritu pequeño que envuelve lo menudado de su ser con opulencias de la púrpura retórica, ha irritado los ánimos, ha llevado la política por vericuetos personales, encallando en los escollos de su propia soberbia, queriendo mediar la nación por su persona, los hombres por su mano. Reencarnación de los validos desatinados y orgullosos que condujeron al país a todos los desastres y a terribles desmembraciones, nos ha empujado y humillado, entregando hasta la libertad de la nación a poderes extraños. Y al propio tiempo, hombre que aspiraba a mostrarse grande, aunque puestos los ojos en el ideal, no ha desatendido el reparto entre sus deudos de los pingües destinos, aunque escondan copiosos frutos bajo la capa humilde de recaudadores de la contribución.

Todo eso tiene que agradecer el país al Sr. Maura. Fue censor duro, implacable, durante años, de los gobernantes. Aún vibraban sus ineluctables palabras contra el Sr. Sagasta. Y de aquel recordamos las crisis del Sr. Urquiza, del Sr. Canalejas, originadas por proyectos fundamentales, por principios, por generosas discrepancias, que nacían del celo mismo por los intereses públicos; y de éste, del Sr. Maura, podemos contar la crisis del Sr. Sánchez Guerra, crisis de la moralidad, y la crisis de ahora, surgida en la generación de un nombramiento.

El grande, el magno, no descubre sino móviles chicos; le mueven causas menudas, pormenores, incidencias. En ellas compromete su amor propio, que es el alma de su alma. Los empuños grandes siempre han sido abandonados por él; la administración local, la reforma electoral, la reconstitución de la Marina, el plan orgánico de los presupuestos: todo eso lo abandona; ahí está durmiendo, esperando que lo despierte quien de veras lo ama. El Sr. Maura entrega su corazón en el nombramiento de Nozalada, en el suplicatorio de Lerroux, en los desatinos del general Ferrándiz. Eso es lo que le llega al alma; eso es el sometimiento de la nación a Roma, que es someterla a los

poderes clericales, a las maquinaciones de los conventos.

Todo se ha juntado, y ese hombre está en crisis. Un año ha tenido de plazo para justificar sus menosprecios. Podrá volver a instalarse en la Presidencia, de donde le arroja la realidad, siempre escarnecida por él. Pero el pueblo le ha juzgado; quizá en otra parte le han juzgado también. Y si bajo su presidencia se constituye un nuevo Gabinete, habrá en el Poder, no gobernantes, sino despojos de gobernantes, sin autoridad moral. España, al verlos reinstalarse, acogerá sus juramentos con una carcajada. Maura, otra vez en el Gobierno, representará una fórmula constitucional, pero nunca lo que tiene derecho a pedir y esperar ante el fracaso de aquél el voto de la nación.

Los ministros dimisionarios

De las Cámaras se trasladaron los ministros dimisionarios a sus despachos a dar los últimos retoques a su testamento político y a ordenar la recogida acelerada de papeles, cuando acabaron las sesiones de Cortes.

Alguno de ellos llegó, en su previsión, hasta avisar que el carro que había de transportar el archivo de la secretaría particular estuviese dispuesto a acudir al primer aviso.

Otros ministros, hallándose en su casa, se negaron en redondo a recibir a nadie.

Los reporteros que se apresuraron a visitarlos para conocer detalles íntimos de la crisis o para conocer si fuera posible saber, víronse defraudados en su deseo y esperanzas.

El general Ferrándiz

Por su voluntad, el general Ferrándiz, que tanto había aguantado por conservar la cartera de Marina, había dejado de ser ministro el sábado anterior.

En un momento de ingenuidad así hubo de manifestarle el diputado más significado de la minoría carlista y a algún otro jefe de su departamento, con quien tenía mayor confianza.

Ferrándiz no se recató para consignar terminantemente que, desautorizado por los marinos ante las Cortes y relegado al olvido el proyecto de reorganización de servicios de la Marina, se vio ya en la necesidad de no escuchar los ruegos del Sr. Maura, que rehuía abrir nuevo portillo en el Gabinete, y presentar su dimisión con carácter de irrevocable.

Dada la insistencia en su propósito del entonces ministro de Marina, el Sr. Maura suplicó al general Ferrándiz que espasase unos días hasta que llegara el momento que él creía oportuno para reorganizar el Gobierno, que era precisamente a las puertas de la Navidad.

Más el presidente del Consejo se ha visto precisado a anticipar los acontecimientos.

La mañana en Palacio

Los hechos de hoy fueron los siguientes: De nueve y media a diez de la mañana se dirigieron a Palacio para despachar con el rey, como microscopos, los ministros de la Guerra y de Marina.

Llegó el primero al regío Alcázar el general Linares.

El primer decreto, el más importante que presentó a la aprobación del rey, fue el nombramiento de jefe del Estado Mayor Central a favor del general Loño.

S. M. no tuvo a bien poner al pie de dicho decreto su firma, aunque sí en otros de escaso interés general.

Desautorizado el ministro, que se había empeñado en obtener un rotundo acatamiento pro persona que para tal cargo no podía ser impuesta, salió de Palacio sin contar palabra de lo que le había ocurrido a su colega el de Marina, y en su carruaje, se encaminó directamente a casa del Sr. Maura, no sin pasar antes por la Presidencia, previendo la contingencia de que pudiera estar en su despacho el jefe del Gobierno.

Este recibió luego la visita del ministro de Marina.

Cuando, a la hora de ocumbrar, marchó el Sr. Maura al regío Alcázar, llevó consigo y entregó al rey las dimisiones de todo el Gobierno.

El rey las aceptó en el acto después de conocer los motivos oficiales en que para plantear la cuestión de confianza, se fundaba el Gobierno. S. M. anunció al presidente dimisionario que se proponía consultar esta misma tarde a los presidentes de las Cámaras, y que, si lo consideraba necesario, haría extensivas estas consultas a los jefes y prohombres de las oposiciones de la situación.

De vuelta a su domicilio, el Sr. Maura telefoneó a la subsecretaría de la Presidencia para que inmediatamente se extendieran las correspondientes comunicaciones del Gobierno al Senado y al Congreso cuando cuenta de que el Gabinete se había declarado en crisis, y, por ende, ésta había sido total.

El motivo de la crisis

No ha sido uno sólo, pese a la declaración ministerial.

Los íntimos del Sr. Maura, los diputados ministeriales, afirmaron esta tarde, apenas se hizo pública la nueva, que el motivo de la crisis no ha sido otro que la desaprobación de la propuesta hecha por el ministro de la Guerra para proveer el alto cargo de jefe del Estado Mayor Central del Ejército.

«Ha sido éste el motivo, como ministro y adictos dicen, el pretexto para que el Sr. Maura el banco azul, como se dice».

Hasta ayer, en el momento de comenzar la sesión del Congreso, no parece tuviera resuelto el Sr. Maura marcharse.

La impresión que de la sesión sacara el presidente del Consejo, lo determinó a «otrar para la noche en su casa a los ministros».

Tan secreta fué esta citación, que la reunión apenas fué conocida más que de *El Imparcial*, que reseña el hecho esta mañana, sin dar de sí haberlo o no formalmente Consejo.

«Lo que es cierto—dice—lo que hemos averiguado, lo que hemos podido comprobar, es que anoche, a eso de las diez, acudieron todos los ministros a la casa del presidente del Consejo. Fueron unos en los coches, otros en modestos carruajes de punto. El general Ferrándiz, que había usado de su carruaje oficial para conducir a su distinguida familia al teatro Real, tuvo que ir a casa del presidente en algún modestísimo. Ya que no pudo montar un acorazado de dos caballos, se hizo conducir por un cañonero de los que presta de fuerza de un caballo, con pillo reducido».

«En lo que a las diez de la noche, o poco más tarde, llegaban los ministros a casa del presidente y allí permanecieron hasta después de las once y media».

Fué, según nuestros informes, un verdadero y transcendental Consejo, y duró hasta cerca de las doce. El misterio de tal reunión se mantuvo hasta el fin, no facilitando los ministros ninguna nota oficial de sus acuerdos.

Pero, atando cabos y esclareciendo conjeturas verosímiles, no sería difícil ni aventurado asegurar que el objeto principal, único, mejor dicho, de este Consejo, no fué más que examinar la gravedad de la situación política, agobiada por la solución de la última crisis, é insoportable después de los últimos debates parlamentarios.

Esta consideración y la inminencia de nuevas dificultades, que se colmaban en el debate anunciado sobre los duelos, en la también esperada y espinosa discusión sobre los suplicatorios, en la misma relativa lentitud de los presupuestos y en la falta de todo criterio en el Gobierno para afrontar y resolver el problema de las subvenciones, hicieron pensar a los consejeros en buscar un pretexto para disminuir las carteras lo menos bochornosamente posible, según su leal saber y entender.

Y así, al acogerse a la firma de un nombramiento que anticipadamente se sabía que había de ser rechazado, el Sr. Maura y sus ministros no hicieron otra cosa que buscar una fácil y pronta salida.

De no ser así, el presidente del Consejo, tratándose de un asunto puramente técnico, y en el caso de que no hubiera, como ha habido, otras causas de la crisis más graves y más eficaces, no tenía para qué hacer causa común con el ministro de la Guerra, ni en la desautorización de éste enredarse y arrastrar consigo a todos sus demás compañeros de Gabinete.

Si la verdad oficial, lo que a S. M. ha sido por el Sr. Maura expuesto es lo que los ministros han dicho, el Sr. Maura se ha incapacitado ahora de veras para volver a encargarse de formar Gobierno.

Consejo de dimisionarios

Desde las dos de la tarde hasta las cinco y media han estado reunidos, en el domicilio del Sr. Maura, los ministros dimisionarios.

En esta reunión se ha comentado mucho el caso de la política, sin que nadie se explicase este cambio de impresiones, habida cuenta de que la crisis, como es lógico, se planteara seriamente, y no por puro efecto teatral.

Al terminar el Consejo, los ministros salieron de la residencia del Sr. Maura apresuradamente, y poco dispuestos a facilitar noticias de ningún género.

No podemos decir ni media palabra manifestada el general Linares. Y se introdujo en el coche.

Sin embargo, los periodistas acosaron a algunos de los consejeros, y obtuvieron de él la declaración de que éstos han sido citados por el Sr. Maura para explicarle el planteamiento de la crisis, y que, aunque el jefe del Gobierno no había ya puesto en manos de S. M. la dimisión íntegra del Gabinete, en el Consejo se habían ratificado las dimisiones de todos los ministros.

Y la causa de la crisis es realmente la que se susurra—interrogó un reportero.

«Sí—contestó el ministro que hablaba—la crisis ha sido motivada por algo referente a cuestiones militares, pero sin que pueda mezclarse en ello ningún nombre propio».

Efecto en las Salas

Tenía que ser. En las Salas, no se hablaba de otra cosa que de la crisis.

«Han observado ustedes—advertía un consejero—cómo todos los magistrados presentan esta tarde cara risueña». Hasta D. X. de natural grave, cual caudal a un juez, se sonríe.

«Naturalísimo. No comprende usted que esa crisis les venga de Sánchez de Toca, el que les ha dicho todas aquellas lindas cosas que se contienen en el discurso de la última apertura de Cortes».

Además, murmuró el porro, se acabó la rabia. Lo cual quiere decir que, desaparecido D. Joaquín, con él se irán las maldadadas reformas judiciales.

Sin olvidar que huye el peligro de viajes y molestias que hasta ahora sorprendían a los señores de tréfillos todos los lunes.

Resumiendo. En el templo de la Justicia ha caído bien la caída de Maura y consortes.

EN LAS CÁMARAS

Palabras, palabras...

Ante un coro de diputados y periodistas, el Sr. Salmerón perora energicamente sobre los motivos oficiales en que para plantear la cuestión de confianza, se fundaba el Gobierno. S. M. anunció al presidente dimisionario que se proponía consultar esta misma tarde a los presidentes de las Cámaras, y que, si lo consideraba necesario, haría extensivas estas consultas a los jefes y prohombres de las oposiciones de la situación.

De vuelta a su domicilio, el Sr. Maura telefoneó a la subsecretaría de la Presidencia para que inmediatamente se extendieran las correspondientes comunicaciones del Gobierno al Senado y al Congreso cuando cuenta de que el Gabinete se había declarado en crisis, y, por ende, ésta había sido total.

«Lo que es cierto—dice—lo que hemos averiguado, lo que hemos podido comprobar, es que anoche, a eso de las diez, acudieron todos los ministros a la casa del presidente del Consejo. Fueron unos en los coches, otros en modestos carruajes de punto. El general Ferrándiz, que había usado de su carruaje oficial para conducir a su distinguida familia al teatro Real, tuvo que ir a casa del presidente en algún modestísimo. Ya que no pudo montar un acorazado de dos caballos, se hizo conducir por un cañonero de los que presta de fuerza de un caballo, con pillo reducido».

«En lo que a las diez de la noche, o poco más tarde, llegaban los ministros a casa del presidente y allí permanecieron hasta después de las once y media».

Fué, según nuestros informes, un verdadero y transcendental Consejo, y duró hasta cerca de las doce. El misterio de tal reunión se mantuvo hasta el fin, no facilitando los ministros ninguna nota oficial de sus acuerdos.

Pero, atando cabos y esclareciendo conjeturas verosímiles, no sería difícil ni aventurado asegurar que el objeto principal, único, mejor dicho, de este Consejo, no fué más que examinar la gravedad de la situación política, agobiada por la solución de la última crisis, é insoportable después de los últimos debates parlamentarios.

Esta consideración y la inminencia de nuevas dificultades, que se colmaban en el debate anunciado sobre los duelos, en la también esperada y espinosa discusión sobre los suplicatorios, en la misma relativa lentitud de los presupuestos y en la falta de todo criterio en el Gobierno para afrontar y resolver el problema de las subvenciones, hicieron pensar a los consejeros en buscar un pretexto para disminuir las carteras lo menos bochornosamente posible, según su leal saber y entender.

Y así, al acogerse a la firma de un nombramiento que anticipadamente se sabía que había de ser rechazado, el Sr. Maura y sus ministros no hicieron otra cosa que buscar una fácil y pronta salida.

De no ser así, el presidente del Consejo, tratándose de un asunto puramente técnico, y en el caso de que no hubiera, como ha habido, otras causas de la crisis más graves y más eficaces, no tenía para qué hacer causa común con el ministro de la Guerra, ni en la desautorización de éste enredarse y arrastrar consigo a todos sus demás compañeros de Gabinete.

Si la verdad oficial, lo que a S. M. ha sido por el Sr. Maura expuesto es lo que los ministros han dicho, el Sr. Maura se ha incapacitado ahora de veras para volver a encargarse de formar Gobierno.

Consejo de dimisionarios

Desde las dos de la tarde hasta las cinco y media han estado reunidos, en el domicilio del Sr. Maura, los ministros dimisionarios.

En esta reunión se ha comentado mucho el caso de la política, sin que nadie se explicase este cambio de impresiones, habida cuenta de que la crisis, como es lógico, se planteara seriamente, y no por puro efecto teatral.

Para todos era inoperante. Algunos ministeriales aseguraban que varios ministros desconfían a la una y media de la tarde la resolución de su presidente. Entre éstos señalaban al ministro de la Gobernación.

La explicación de la crisis no era puntualizada por ninguno. Los que afirmaban creer conocer el motivo de ella, decían que la crisis fué resolución del medio día, adoptada después de estar a despauchar en Palacio, como día de firma, el ministro de la Guerra.

Los que así se expresaban hacían coincidir la causa ocasional de la crisis con la provisión del cargo de jefe del Estado Mayor Central, cuyo decreto de nombramiento, en el que se proponía al general Loño, llevó esta mañana a la firma de S. M. el general Linares.

El concepto de los defensores de tal opinión, habiendo sido aprobado este nombramiento en Consejo de Ministros, es solución natural la dada por el Sr. Maura al conflicto creado por altas indicaciones, contrarias al acuerdo.

Unos señores aceptaban este motivo, y otros, dudando de que el origen de la crisis fuera, se extendían en consideraciones opuestas relacionando con la necesidad de reforzar, el actual Gabinete que se sentía a consecuencia del actual conflicto, parlamentario.

El general Azcárraga, como antes decíamos, ignoraba, hasta leer la comunicación mencionada, que el Sr. Maura hubiera por sí planificado, en el Consejo de Ministros, según nos manifestaba, a los señores de la prensa, los primeros momentos uno de nuestros redactores que se encontraba en el Senado, el motivo de ella.

Amablemente nos dijo que había sido avisado de Palacio para que fuera a él a las cinco y media, hora en que sería consultado por S. M. el rey.

El presidente del Senado, con el fin de enterarse del origen de la crisis y poder formar una opinión que le permitiera contestar con acierto a la anunciada consulta de S. M., a las cuatro y minutos abandonó la Cámara, desahucio de celebrada la sesión en que se declararon las sucesas suso con la hasta nuevo aviso, y se dirigió al domicilio del Sr. Maura. De casa del presidente marchará a Palacio.

Notificación oficial

La comunicación de la Presidencia del Consejo, leída en ambas Cámaras, dice así:

«Habiendo presentado su dimisión el Gobierno, que tengo la honra de presidir, lo pongo en conocimiento de V. E., a fin de que se sirva dar cuenta a ese Cuerpo Colegiado, por si tiene a bien suspender sus sesiones, interin S. M. en uso de su regia prerrogativa, designa nuevo Ministerio.—Dios, etc.—A. Maura».

Cogido al vuelo

(Diálogo de dos golfillos comentando la crisis):

—Oye, tú, se acaba de caer Maura.

—¿Y se ha hecho daño?

—¿Y se ha hecho daño? Hombre! ¡Si se ha caído del banco azul, y éste tenía muy poca altura!

—También se habrán caído sus compañeros.

—Toima, pues ya lo creo! Como que, según he oído a un reportero, Sánchez-Toca se ha roto las narices en la caída.

—Y por qué se ha caído Maura del banco azul?

—Pues, porque le sérron las patas el carpintero Rodrigo.

—Oye, ahora ya podremos recoger las cojillas en los cafés durante la madrugada, por que se irá San Luis.

—Reconozco! ¿Qué dirán hoy los ángeles que ayer meñaron un marqués?

—Que ¡magras!

Balace de una situación

Vida más estéril que la del Ministerio muerto no se conoce.

Durante el tiempo que el Sr. Maura ha ocupado el Poder—un año y nueve días justos—no se ha hecho nada práctico; el presidente del Consejo de ministros se ha limitado sólo a hablar, a distraer al país con su palabrería y a perder el tiempo.

Ni una sola ley de verdadera importancia ha votado durante ese tiempo las Cortes; ni una sola iniciativa beneficiosa para el país han tenido los compañeros del Sr. Maura.

La ley del descanso dominical—esa pobre ley que no ha producido más que trastornos, molestias y disgustos a los ciudadanos—se la encontró hecha el Sr. Sánchez Guerra cuando llegó al ministerio.

Ni aun siquiera el Gobierno del Sr. Maura ha hecho unos presupuestos, pues los que rigen actualmente, con ligeras reformas, son los mismos del Sr. Besada.

El Sr. Maura, y con él el país, han vivido más de un año y nueve días en la impotencia.

Durante el tiempo que ha ocupado el señor Maura el Poder no ha hecho más que una crisis, la de hace pocos días, para librarse de la sombra negra de Sánchez Guerra.

Ministro estupefacto

El señor marqués de Figueroa no almorzó esta mañana en su casa, y no pudo, por lo tanto, recibir la citación del Sr. Maura participándole la noticia de la crisis. A las tres de la tarde llegó el ministro de Agricultura al Congreso, y en el acto se vio rodeado de periodistas y diputados.

—¿Qué hay?—fué la pregunta general.

—De qué?

—De la crisis.

—¿De qué crisis?—exclamó estupefacto. Y convencido de la verdad se fué, pensando tal vez que el resto del día lo pasaría en el Congreso, y en el acto se le fué de una hoja de acero en las entrañas.

¿A qué iría?

Cuando el Gobierno dimisionario estaba en Consejo, fué llamado el oficial mayor de la Presidencia, que acudió inmediatamente.

Se ignoran las causas a que obedeciera este llamamiento.

palabra y cuál era mi opinión respecto al gobernador de Valencia. No tengo aún opinión formada; pero por lo que mis amigos me dicen, el Sr. Soler y Casajuna, tal vez por desconocer a Valencia y a los valencianos, ha pensado...

¿Y qué?—interrompió el presidente del Consejo.

—Mortal! Mortal!

—Pues entonces—prosiguió el Sr. Maura—no ma, ponga usted mañana con su discurso en el trance de, o defender al gobernador, o declarar que se le ha dimitió. ¿Lo promete usted?

—Por mi parte...

—Mil gracias. ¿Quiere usted un pañuelo?

—¿Un pañuelo? Y el Sr. Maura se alejó riendo, satisfecho.

—Yo creo—prosigue el Sr. Nocedal—que la crisis ha pasado por más alto de las trincheras parlamentarias; ha sido una bomba que ha caído esta mañana, a las once, junto al señor Maura. El general Linares es un hombre muy desgraciado.

—¿Y...?

—Yo he visto a Canalejas, y le he recordado mi buena amistad hacia él; he visto a Dato, y le di la enhorabuena; saludé a Romanones, y empujé la más amable de las sonrisas. ¡Si de esta hecha no voy al Poder...

El Sr. Nocedal, y ambos se alejan por el pasillo, departiendo amigablemente. Los extremos se tocan, sabido es.

Hay que mirar las circunstancias con serena atención. No es momento de discutir, combatir ni de empujar a nadie para que caiga; cuanto tenía que caer está por tierra. El señor Maura llega a esta crisis tan quebrantado y roto, y saldrá, inexcusablemente, de ella mal herido, que ante el país está inhabilitado para formar una nueva situación.

La caída de Maura resquebraja a todo el partido conservador. De la mayoría no puede salir un Gobierno estable; ninguno de sus prohombres está en condiciones de afrontar grandes obras.

Sin embargo, ni la cuestión de orden público ni el problema económico admiten esquivas. El Sr. Maura, al caer, ha dejado de hacer un cambio completo de política, es un Gabinete interino con el solo fin de aprobar los presupuestos y preparar la llegada de los liberales.

De cualquier suerte, es preciso que todos contribuyan a que de todos esos contratiempos políticos resulte la solución que más convenga a los intereses de la patria.

Los liberales pondrán todo su esfuerzo en cooperar a cuanto consideren patriótico. Por mi parte, hace tiempo que he alejado de mi espíritu cuanto pueda ser móvil egoísta.

En ninguna de mis últimas campañas he nada que se acuerde a desear de Poder; en cambio, hay mucho propósito de trabajar y de contribuir a la resolución de los problemas nacionales. Estos son los que no deben ser desatendidos ni aplazados, cualquiera que sea el curso de la crisis. Y me vanaglorio de haber demostrado que los liberales han estado en esta época en los asuntos públicos tan a fondo, que dirigirlos no sería para ellos una improvisación.

Canalejas

Para nosotros—dice el ex ministro demócrata—esta crisis tiene, inmensas ventajas: una, la de que el Congreso, con el Sr. Maura en la fondo, a no ser que algunos liberales se desatendidos ni aplazados, cualquiera que sea el curso de la crisis. Y me vanaglorio de haber demostrado que los liberales han estado en esta época en los asuntos públicos tan a fondo, que dirigirlos no sería para ellos una improvisación.

La solución Azcárraga-Villaverde sería un precedente funestísimo; equivaldría a empujar a los liberales por el éxodo de un modo terrible. No es admisible, no tiene fundamento lógico alguno, el pensar que vengan Azcárraga y Villaverde con el solo fin de que el presupuesto tenga vida legal ahora.

El tiempo que el Sr. Maura ha ocupado el Poder—un año y nueve días justos—no se ha hecho nada práctico; el presidente del Consejo de ministros se ha limitado sólo a hablar, a distraer al país con su palabrería y a perder el tiempo.

Ni una sola ley de verdadera importancia ha votado durante ese tiempo las Cortes; ni una sola iniciativa beneficiosa para el país han tenido los compañeros del Sr. Maura.

La ley del descanso dominical—esa pobre ley que no ha producido más que trastornos, molestias y disgustos a los ciudadanos—se la encontró hecha el Sr. Sánchez Guerra cuando llegó al ministerio.

Ni aun siquiera el Gobierno del Sr. Maura ha hecho unos presupuestos, pues los que rigen actualmente, con ligeras reformas, son los mismos del Sr. Besada.

El Sr. Maura, y con él el país, han vivido más de un año y nueve días en la impotencia.

Durante el tiempo que ha ocupado el señor Maura el Poder no ha hecho más que una crisis, la de hace pocos días, para librarse de la sombra negra de Sánchez Guerra.

El conde de Romanones

Yo creo que esta crisis, por las circunstancias que la han preparado y que la acompañan, es de excepcional interés. Es la primera—la única—crisis total que el Sr. Maura planee

Lanzada a los cuatro vientos su candidatura por el general Lináres para la jefatura del Estado Mayor, los incidentes por todos conocidos le han colocado en una situación crítica.

Según telegrama de Valencia, el general Llo ha manifestado su encendida oposición a la salida de Madrid, con objeto de descansar y reponerse.

El hombre y el Genio

Conocida es la fábula: El Genio dice al niño: la Vida está delante de ti; puedes cruzarla paso a paso, con la lentitud y con la prisa del minuto; el reloj es inexorable: *tic-tac, tic-tac*, y la Vida pasa inexorablemente. La primavera coronada de rosas, el invierno encanecido por las nieves, van pasando, van pasando, en un derivar de horas, de días, de meses. ¿Qué tiene—entregándose un ovillo de hilo—tu Vida. ¿Quieres que transcurra rápida?... deja rodar el ovillo; ¿quieres que se detenga?... sujeta el hilo para que no ruede. Al fin del ovillo está la Muerte.

Y el niño lo oye a rodar, porque quiere ser mozo; el mozo quiere luego casarse con la amada de su corazón; después quiere que pasen honras y penas que le asalten; el ovillo rueda, rueda, y la vejez ha llegado, y sigue rodando el ovillo, y el hombre muere. ¿Cuánto ha vivido? Dos, tres meses.

Los quinquenios de Maura han quedado reducidos a eso: un ovillo ha rodado. Echó a rodar Maura locamente cuando, unido al señor Silveira, se instaló en el banco azul; dificultades, contratiempos y malandanzas? ¿Si se rodando? ¿Sesión permanente? ¡Hilo, hilo y pasará todo!

Así, un día, el ovillo se enreda en Carabuy, y Maura contempla con asombro y con terror que el hilo se va agotando, que ya casi no queda; ¡crisis, ministro por la borda y amañar hilo. No podía ser, fatalmente había de cumplirse el plazo; Maura, soñador de quinquenios, ha vivido dos, tres, unos meses. La fábula es ésta: a ti te da Maura, y entendida vosotros, ministros de tiro rápido.

DE AYER A HOY

A la puerta de Palacio

El Sr. Maura permaneció poco tiempo en Palacio, y su conferencia con el rey no debió dejarle satisfecho.

Al salir, le preguntaron los periodistas: —¿Se encarga usted de formar Gobierno? —¿No, no, de ninguna manera—repuso airadamente.

—¿Volvió usted mañana a Palacio? —A las doce, como todos los días.

—¿Los presidentes de las Cámaras han aconsejado a S. M. que continuara en el Poder y que no se disolvieran las Cortes? —Podría haber sucedido eso; pero lo que a mí me haya dicho el rey no debe decirlo yo.

—¿Es natural, pero, ¿jurarán ustedes mañana? —Yo juré hace un año.

—¿Y los demás ministros? —Repito que no; al menos yo no sé nada.

—¿Se celebrarán más conferencias hoy? —Cero, como en los días anteriores.

—¿Los ex presidentes de ambas Cámaras, ¿serán consultados? —Nada de eso sé, se lo aseguro a ustedes; no sé nada.

—¿De todos modos, si se va usted ahora, ¿volverá pronto? —¿Yo? Jamás. Jamás.

Y el Sr. Maura entró en el coche, que partió rápidamente.

[Maura propone...]

Parce que el Sr. Maura, en la última visita que hizo anoche a monarca, expuso, al menos, su deseo de que se celebrara en este día lo que él creía podía ser la solución mejor.

—O llamar al general Azcárraga, o disolver las Cortes.

Que él no estaba dispuesto a apoyar a ningún Gobierno conservador que no estuviese presidido por el Sr. Azcárraga, tanto más cuanto que se trataba de un Ministerio intermedio y como de transición.

Llamada de Azcárraga

A la hora precisamente que salía a la calle nuestra edición de la noche, se dirigió a Palacio el general Azcárraga.

El desalojo de S. M. se lo transmitió el señor duque de Sotomayor, apenas se alojó del regimiento Alcázar del Sr. Maura.

El rey confió al presidente del Senado el encargo de formar nuevo Gobierno.

Aceptó el general Azcárraga en el acto, aunque no le ocultaban, ni él hubo de ocultar a S. M., las dificultades con que habría de tropezar en estos momentos para llenar satisfactoriamente su cometido.

Labor de exploración

Desde las ocho y media hasta las doce de la noche, concurrió el general Azcárraga todo su tiempo a los trabajos de exploración cerca de los personajes de la situación conservadora, y de los elementos con cuyo apoyo, cuando no con su concurso personal, tenía que contar previamente.

Así, dada la composición y actitud de las mayorías parlamentarias, la primera conferencia que el general tuvo fue con el señor Maura. A casa de éste marchó directamente desde Palacio. No fue afortunado en su pro-

pósito. El Sr. Maura estaba ausente y no se sabía dónde se hallaba.

Regresó el general Azcárraga a su propio domicilio, con de prisa, y, aunque tenía pedido el coche para las diez, se vio sorprendido por la presencia del Sr. Maura que, sabedor de que aquél había estado en su casa cuando él se hallaba en ella, habíase apresurado a visitarle.

Esta conferencia entre los dos presidentes duró tres cuartos de hora.

A las once visitó el general al Sr. Silveira en su hotel.

También tuvo una entrevista con el señor Dato, para ofrecerse la cartera de Gobernación. El señor Dato, al aceptar, le agradeció, se negó a aceptarlo, si bien prometió al señor Azcárraga que desde los escaños rojos se complacería en apoyar y ayudar a cuantos con él se sentasen en el banco azul.

Y con esto terminó su exploración de anoche.

El apoyo de los jefes

Los informes más dignos de fe acerca de las conferencias que con cada uno de los jefes conjuntos de la situación política actual tuvo anoche el general Azcárraga, permiten sintetizar en estos términos el resultado de tales trabajos.

El Sr. Maura sólo se comprometió *condicionalmente* a apoyar al Gobierno que el general formase; y claro que entre estas condiciones estaba la de que no se hiciera nada que pareciese o fuese una rectificación de su política o de sus actos presidenciales.

De la entrevista con el Sr. Silveira nada se ha traslucido. Tanto ha sido la reserva. Vengo a decir, en el terreno de las conjeturas, hay quien cree que el ex jefe de la Unión conservadora, propicio a apoyar a todo Gobierno de este partido, no ha extremado su libertad en el apoyo que de él se solicita, hasta el punto de que no pusiera reparos ni en algún punto concreto no coincidiera con el Sr. Maura.

Como el general Azcárraga no encontrara ayer tarde en su domicilio al Sr. Villaverde, anoche, encargado ya de formar Gobierno, previendo que no le alcanzaba el tiempo para verle, le envió a los señores conde de Bernar y Comyn, con encargo especial para el marqués de Pozo-Rubio.

A las doce, estaban éstos de vuelta en casa del general.

Las dificultades de la noche

A las doce de la noche regresó el Sr. Azcárraga de su visita al Sr. Silveira. Los periodistas le preguntaron:

—¿A qué hora es la jura del nuevo Gobierno, general? —Y el general, visiblemente contrariado, les contestó:

—¿Jurar? Como no sea en falso.

EL DIA DE HOY

Los trabajos de la mañana

A las nueve de la mañana salió de su casa el Sr. Azcárraga con objeto de hacer varias visitas, relacionadas con la solución de la crisis.

A poco de esto llegó al domicilio del presidente del Senado el Sr. Urdarte, y minutos después el Sr. Martitegui. Ninguno de ellos pudo hablar con el Sr. Azcárraga.

El Sr. Urdarte nada dijo al abandonar el domicilio de éste; el general Martitegui cambió algunas palabras con los periodistas, que le preguntaron:

—¿Será usted ministro de la Guerra? —Igual me da—contestó el general, mientras salía de su carruaje.

Después llegó a casa del Sr. Azcárraga el marqués de Pidal. Por los periodistas que allí se encontraban supo que aquél no se hallaba en ella.

Hablando con éstos, que procuraban investigar el motivo de la visita, manifestó que ignoraba el estado de las gestiones para resolver la crisis, pues únicamente conocía lo publicado por la Prensa de la mañana.

Hallándose el marqués de Pidal con los periodistas, descendió de su coche al ministro de Gracia y Justicia dimisionario. Procurando rehuir la actividad de los reporteros que le abordaban, se dirigió muy de prisa al ascensor.

Cuando éste subía, dijo: Más saben ustedes que yo.

Seguidamente el ministro de Gracia y Justicia subió a casa del presidente del Senado el marqués de Pidal.

Ambos esperaron el regreso del general Azcárraga.

La conferencia previa

Antes de ir el general Azcárraga a dar cuenta a S. M. de los trabajos que había realizado esta mañana, creyó conveniente ponerse al habla con el Sr. Maura, y así lo hizo.

De tal entrevista no ha trascendido nada al público.

El general se despidió del Sr. Maura comunicándole, que sin más dilación que el tiempo indispensable para vestir el uniforme, se proponía ir inmediatamente a Palacio.

Otras conferencias

De casa del Sr. Maura regresó a la suya el general Azcárraga a las doce en punto.

Y en aquel instante cruzaba la Carrera de San Jerónimo el carruaje del Sr. Maura, que iba al regío Alcázar.

Interrogado por los periodistas el Sr. Azcárraga, dijo que no podía decir nada.

—¿Habrá pronto? —No puedo contestar ni afirmativa ni negativamente.

Y huyendo del asedio, montó rápido en el ascensor.

Poco más de un cuarto de hora conferenció el Sr. Azcárraga con los Sres. Sánchez de Toca y marqués de Pidal.

Cambio de ropa. A Palacio

D. Marcelo, que hizo las primeras visitas de la mañana vestido de levita, descendió nuevamente de su casa, a las doce y veinte, luciendo uniforme de general.

Nueva acometida nuestra al presidente del Senado, con idéntico resultado que las anteriores.

El general se dirigió a Palacio.

No se había perdido de vista el coche del general, cuando apareció el Sr. Sánchez de Toca.

A nuestras preguntas respondió diciendo que ignoraba la marcha de los trabajos para la formación del nuevo Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

—Poco puedo decir a ustedes.

El general tropieza con serias dificultades para la formación del Gobierno.

—¿A resignar poderes? —Nada de eso. A dar cuenta de la marcha de los trabajos.

Y, despidiendo el coche, se encaminó a pie a su casa.

El Sr. Pidal

Algo más explícito ha estado el marqués de Pidal.

